

EL ARCA DE LOS DESEOS

CAPÍTULO 1

ELLA

Sus preciosos ojos azules me miraron durante unos segundos, lo más probable es que no se acordara de mí, lo más probable es que no me reconociera. Aquellos ojos azules junto con su larga melena rubia, que antaño rebelaban su inocencia adolescente, ahora había sido cubierta por un velo de algo que en aquel momento no pude descubrir.

Me miró durante unos segundos, se giró y pagó a la cajera.

- 20 de súper- su voz también se había vuelto mas grave, como su expresión.

Mientras se dirigía a la puerta, le miré el culo. Llevaba unos vaqueros Leez Fit, y le magnificaban el contorno de sus caderas de sobremanera, para alegría de mi vista.

- 30 de diesel- pagué con tarjeta.

La cajera era bastante joven, de cabellera castaña, enmarañada, ojos marrones. Era del montón pero tenía una bonita sonrisa, me alegró que me sonriera.

Salí de la gasolinera. Al lado de mi coche había un jeep aparcado, limpio, comparado con mi coche, de color azul.

-Oye – era ella. Le miré y luego a ambos lados – no disimules, ¿te pensabas que no me acordaba de ti? – Tiró un dado de colores al aire, lo cogió tapándolo con las manos, en las que parecía que el tiempo había hecho mella, y lo descubrió – Nos volveremos a ver.

-¿Eh? – arrancó y se marchó.

Era martes. Me encontraba tirado en el sofá dormitando. Por la ventana de mi casa veía las hojas de las palmeras mecerse con el viento. De la casa de al lado me llegaban los gritos del vecino que le decía a su perro que se callase. El sol golpeaba ligeramente mi cara. Dentro de poco iba a ir directo al mundo de los sueños. Pero algo perturbó mi tranquilidad: sonó el puto teléfono.

-¿Sí?

-¿Te acuerdas de mí?

-¿Quién eres?

-Soy Paola

-¿Cómo has sabido mi número? -Me sentía como en una película de suspense.

-Puedo saber eso y muchas cosas más, es bastante fácil.

-Bueno, mejor no preguntaré sobre ello para que no puedas hacerte la interesante – quería parecer neutral, sin sentimientos -¿qué quieres?

- ¿Nos podemos ver?.

-Sí – no me mostré entusiasmado, a ver si iba a pensar algo.

-Esta tarde en el centro comercial.

-OK. Allí estaré.

La gente hablando, una suave brisa y el olor del mar hacía agradable pasear por las tiendas del centro. Miré un par de libros, encontré uno de Ben Haldeman de segunda mano: "Paz improbable". Lo compré, era uno de mis escritores de ciencia ficción favoritos.

- Cucu ¿quién soy?

-El lobo - sus manos estaban frías, igual que cuando éramos pequeños.

- Pensaste que no te reconocería porque hubieras cambiado de... -pasó un hombre que iba despistado y le golpeó en el brazo -oiga ¿por qué no abre los ojos para andar?.

-No creí que me fueras a reconocer, la verdad.

- Dudé al principio, pero le pregunté a Él y me lo confirmó.

- ¿Él?- acto seguido, después de buscar en sus bolsillos con cara de esfuerzo, me mostró el dado de colores. Era el mismo que lanzó en la gasolinera.

- ¿Mi número también te lo dijo Él?

Se agarró las manos por detrás de la espalda y me miró como una niña pequeña que hubiese hecho algo malo. Y me lo confirmó con la cabeza.

Por la megafonía del centro empezó a sonar "el bodeguero". Era una de mis canciones favoritas.

- Todavía te acuerdas del chachachá.

- Cómo no.

- La verdad es que éramos una de las mejores parejas bailando -empezó a bailar, y extendió la mano para que bailara con ella.

-No – me negué rotundamente. Pero qué cojones, no sabía cuanto tiempo más tardaría en volver a verla.

La cogí por la cintura y al ritmo le di dos vueltas. A nuestro alrededor se empezó a formar un círculo de gente que paseaba mirando tiendas. Muchos llevaban bolsas y miraban asombrados, otros tenían las manos libres y daban palmas al son y un par de personas mayores se pusieron a bailar también. Tan rápido como acabó el chachachá, la gente poco a poco empezó a dispersarse. Algunos de los espectadores nos dieron las gracias, me imaginé que nos las dieron por aquel pequeño descanso de su rutina diaria. Yo también le agradecí a Paola aquel momento.

- Las gracias te las doy yo a ti. Si no hubieras aceptado no sé qué hubiera pasado.

- ¿Cómo? – no entendía muy bien a qué se refería.

- Nos están siguiendo.

- ¿Quién?

- Sígueme. Rápido. Vamos a mi coche.

Andamos apresuradamente hacia el parking. Ella de vez en cuando sacudía el dado entre las manos y le iba echando ojeadas. Eran las ocho de la tarde y estaba oscureciendo. Entramos en el parking y un par de aparcamientos estaban en obras.

- ¿Vas a el gimnasio? – la pregunta me pilló por sorpresa.

- De vez en cuando. Soy maestro de defensa personal.

- Perfecto. Coge aquella tubería que hay allí.

- ¿Por qué?

- La vamos a necesitar -abrió mucho los ojos, lo cual me previno del peligro y gritó - ¡cuidado!

Algo me golpeó contundentemente en el brazo derecho, pero los músculos ya estaban en tensión y amortiguaron bastante bien el golpe. Tenía el brazo dolorido pero no inmóvil. Con un vistazo rápido vi que se encaraban a mí tres tipos vestidos de trajes negros y con unas caretas blancas asexuadas. El tipo de la izquierda se acercó a mí amenazadoramente, lanzándome un puñetazo al plexo solar. Con la mano abierta desvíe su puñetazo y le partí la muñeca, adelanté el pie derecho hacia él y le asesté un codazo en la cabeza. Cayó. Sentí un dolor intenso en las costillas, los dos tipos se me estaban abalanzando. Uno blandía un trozo de madera de un palé y otro llevaba un puño americano. Éste último es el que me había golpeado en el costillar y el que tenía más cerca. Intentó repetir la misma táctica del golpe en las costillas, mientras su compañero se acercaba empuñando el madero por lo alto de su cabeza con las dos manos. Di un paso hacia atrás y me agaché, le hice un barrido al tipo del madero. No pudo reaccionar a tiempo y empezó a caer hacia delante, cuando su cara se encontró con el puño de su compañero. Por el sonido pensé que le había partido la mandíbula, como mínimo. Cayó y no se volvió a levantar. Para mi sorpresa, el último se derrumbó solo ante mí. Paola estaba de pie detrás del tipo y todavía sostenía la tubería ensangrentada.

- ¡Ves! Te dije que cogieras la tubería.

- ¿Qué coño está pasando? – tres tipos habían intentado darme una paliza.

- Te dije que nos seguían.

- Pero ¿por qué?

- Por Él – me volvió a enseñar el dado.